

es abierta, ya que se reduce a unas patas combadas, de claro diseño barroco. El cuerpo principal lleva cajones, guarnecidos por puertas. El copete se forma por un frontón partido, con adorno de bolas de bronce y un remate central. Lleva también la placa de autoría: «Manuel Perote y Herrera, en Valladolid, 1744».

Las tres piezas son de excelente calidad, de suerte que hay que considerar a este ebanista como uno de los más importantes del censo español.

Carecemos de noticias de este mueblista aparte de las firmas indicadas. No figura su nombre en el Catastro del Marqués de la Ensenada, de 1752, existente en el Archivo del Ayuntamiento de Valladolid. Eso indica que en tal fecha había muerto o se había trasladado a otro punto. En el tomo V., correspondiente a las localidades aledañas de Valladolid, de La Cistérniga y la Overuela, se menciona a un Manuel Perote, industrial, aplicado a la venta de frutas y trabajos del campo, obviamente diferente del que consignamos.—
J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

LA «CAZA DEL REY» EN LA SIMBOLOGÍA DEL SIGLO XVIII

Al estudiar con detalle la simbología celebrativa en torno a los primeros monarcas españoles de la Casa de Borbón aparece un tema suficientemente frecuente para merecer que se detenga la atención en él: nos referimos a la caza del rey.

Con motivo de las fiestas por la entrada en Barcelona y boda del rey Felipe V, en 1701, la ciudad le preparó un bosquecillo simulado, junto al palacio, donde pudiera cazar algunos animales que allí se dispusieron, en una libertad menos que relativa, únicamente con tal fin¹. Aunque las fuentes de la época ponderan mucho el simulacro, es obvio que no podía ser más que un remedo insatisfactorio. Más aún, consta asimismo que el propio Felipe V salía con frecuencia a cazar en los espacios abiertos de las proximidades de la ciudad². Es decir, tenemos testimonios de dos tipos de caza plenamente dife-

¹ Cf. «Festivas demostraciones y majestuosos obsequios con que el Muy Ilustre y Fidelísimo Consistorio de los Diputados y Oidores del Principado de Cataluña celebró la dicha que llegó a la par con el deseado arribo y feliz himeneo de sus católicos reyes D. Felipe IV de Aragón y V de Castilla, conde de Barcelona, etc., y Dña María Luisa Gabriela de Saboya...». Año 1702, p. 122-123; y la fuente complementaria «Devotos, obsequiosos cultos leales, festivas aclamaciones con que celebró la Excelentísima Ciudad de Barcelona la Gloriosa Translación de Olaguer, su Santo, y la regia venida de su Catholico Monarca Felipe IV en Aragón y V en Castilla, Conde de Barcelona y su feliz consorcio con la Serenísima Señora Doña María Luisa, Princesa de Saboya» (sin pie de imprenta), p. 141-142.

² «Devotos, obsequiosos cultos...», p. 142.

renciados: el uno, la que practicaba «cómodamente» en el bosque fingido; el otro, la caza auténtica, por supuesto mucho más idónea para un mozuelo como era el recién llegado soberano. Ahora bien, la coexistencia de ambos tipos obliga a fijarse más en el primero de ellos. Si el rey, cuando le apetecía, podía cazar a su anchas por los campos suburbanos, carece de razón *práctica* el desvelo de la ciudad para dotarle de un bosque ficticio. Mas, por otra parte, si el rey se avenía a practicar aquella caza sin emoción entre bambalinas, siendo así que demostraba ser aficionado a la otra, la auténtica, hay que deducir que alguna razón poderosa le inducía a ello.

Creemos que la razón es de orden simbólico. Existía por parte de la ciudad un interés en que el soberano abatiese efectivamente algunas piezas justamente allí, «junto al real palacio». Para ejecutar el acto venatorio, el rey no tenía necesidad de abandonar la ciudad que le albergaba: antes bien, ésta le ofrecía por sí misma lugar, piezas de caza y facilidades para ella.

Entre los diferentes simbolismos de la caza, unos son negativos, como los que recoge Cirlot³, y se excluyen en un contexto laudatorio y esperanzado como el de estas fiestas; otros, los más, son positivos. En efecto, la caza es trascendental en cuanto:

a) Exterminio de los poderes maléficos: aniquilación de las pasiones⁴, persecución a los espíritus adversos, muerte a las fieras que amenazan a la comunidad (como en la caza del león por los monarcas asirios, tan documentada iconográficamente).

b) Fuente de sustento para el pueblo: caza ritual por el jefe o por el brujo en los pueblos prehistóricos. El monarca, en sus funciones de cabeza y representante de su pueblo, puede haber heredado esta remota función de propiciador del sustento. Al ser entonces la caza una acción sagrada⁵, probablemente infundiese, a su vez, cierto carácter sacral al lugar donde se hubiere ejecutado con fines propiciatorios.

c) Imagen mística: Alonso de Ledesma⁶ concibe, por ejemplo, a Cristo como cazador dispuesto a matar a la culpa. No menos positiva místicamente es la idea plasmada ya muy anteriormente en el «centauro crístico sagitario»⁷, empeñado en cazar las almas para su salvación.

Estos tres aspectos coinciden sobre unas nociones de repristinación de lo creado que, al avalarse también con otra simbología contemporánea sobre el

³ J. E. CIRLOT, *Diccionario de símbolos*. Editorial Labor, S. A., Barcelona, 1969, p. 130-131.

⁴ J. CHEVALIER - A. GHEERBRANT, *Dictionnaire des symboles*. Seghers, Paris, 1973, Vol. I, p. 335-337.

⁵ Cf. M. ELIADE, *El mito del eterno retorno*. Alianza Editorial, Madrid, 1972, p. 34.

⁶ A. de LEDESMA, *Conceptos espirituales*. En Barcelona, en casa de Sebastián de Cormellas, año MDCIII. Tercera Parte, p. 14.

⁷ G. de CHAMPEAUX - D. S. STERCKX, O. S. B., *Le monde des symboles*. Zodiaque. Sainte-Marie de la Pierre-qui-Vire (Yonne), p. 324.

paraíso, la efusión de bienes por obra del rey, el inicio de una nueva era con el advenimiento de éste y su papel de hacedor de paz y de armonía, nos permiten hablar de un «sentido mesiánico» en los grandes montajes celebrativos de nuestro siglo XVIII.

Fue ésta una hipótesis de trabajo durante determinado período de nuestro estudio. Pero finalmente hallamos una prueba documental de la misma sin salir del marco de las aludidas celebraciones de Barcelona en 1701. Con motivo de la procesión para el solemne traslado de los restos de Sant Olaguer (San Olegario) a su nuevo sepulcro en la catedral —que es el que hoy subsiste—, uno de los altares erigidos en el recorrido de la misma presenta relacionados algunos de los motivos que nos ocupan: con referencia expresa, además, al bosquecillo ficticio para la caza del rey. Así se nos ha descrito⁸ el altar de los mercedarios: «Al llano del pavimento, junto al pie del frontal, se formó un pesebre, con todas las circunstancias del Misterio del Nacimiento de Nuestro Señor, y a la parte derecha se compuso un jardín, en forma de Paraíso terrestre, con variedad de animales, así terrestres como volátiles, y en medio de él el árbol de la vida con la tentación de Eva; y prosiguiendo con la misma disposición se había formado un monte adornado de la misma variedad y en su falda un frondoso bosque, a imitación del que la Excelentísima Ciudad había hecho fabricar en la Eucata, y en él una imagen de bulto muy parecida a Su Majestad, con muchos cazadores, como que se estaba ejercitando en la caza; y en la otra parte había otra semejante montaña con muchos pastores, como apacentaban su ganado».

Descartando otra iconografía directamente ocasional (Sant Olaguer), este conjunto vincula, pues, entre sí los siguientes elementos:

I) El paraíso terrenal o edén, sin lugar a dudas acreditado por Eva y el árbol.

II) El belén o nacimiento tradicional de solera franciscana, replicando el tema anterior, según la constante tradición cristiana: en efecto, la caída original se remedia por la Encarnación.

III) La caza del rey: acción repristinadora, al parecer se considera parangonable —aunque haya que salvar larga distancia teológica— con el anterior remedio a los males de la caída.

IV) La escena bucólica: armonía de la creación, la paz restablecida, en la línea mesiánica de Isaías, 11, 6-9 y 65, 25, cuyos ecos hallaremos, por lo demás, con bastante frecuencia en la simbología de los monumentos efímeros durante el siglo XVIII.

Con lo cual el altar de los mercedarios desarrolla un discurso simbólico muy completo.

⁸ «Festivas demostraciones...», p. 203-204.

Ya sabemos que toda traducción comporta un componente de «traición», según el conocido adagio italiano: ello es doblemente cierto cuando se trata de «traducir» simbología a términos verbales. No obstante, si nos atreviésemos a incurrir en tan tremendo peligro, en busca de una mayor aclaración de este caso concreto, el discurso verbal sería algo así como éste: Al modo como la Encarnación repristina la creación e inicia una nueva era de venturas, el advenimiento del nuevo rey y en particular lo que se representa en su actividad cazadora suponen, en su orden propio, una repristinación semejante para la nación. Dicho aún más llanamente: el rey se presenta con ciertos rasgos mesiánicos.

Esta concepción de la realeza se confirma a través de toda la simbología de la época. Como en el caso que nos ocupa la ciudad de Barcelona era autora — ¡y pagadora! — de las fiestas, es comprensible que buscarse una asociación a sus significados. No sólo el acto de la caza, sino la mera presencia del rey se consideraba de bienes. Pero el hecho de acondicionarle un lugar especial donde cazar en la propia ciudad significaba además que ésta entabla colaboración con el soberano: lejos de limitarse a acogerle, intervenía en su actividad. Con lo cual participaba de su dignidad y, sobre todo, localizaba y «fijaba» las implicaciones lejanamente carismáticas de su caza. Esta noción de la colaboración entre la ciudad y el rey se simboliza durante el siglo XVIII bajo otras diversas formas: prestándole su propio ángel para que le guíe, montando guardia a su lado, etc.

En suma, entendemos que la iconografía de la «caza del rey» no es un mero recurso más ornamental ni celebrativo. Tal es lo que se ha supuesto a menudo sobre numerosos temas, como éste, que a través de una investigación simbólica acaso deparen también significaciones más profundas.—FEDERICO REVILLA.